

**Santiago Díaz Lage, *Escritores y lectores de un día todos. Literaturas periódicas en la España del siglo XIX*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2020, 451 páginas.**

En el amplio campo de los estudios sobre la prensa en España durante el siglo XIX, este libro del profesor Díaz Lage llega ofreciéndonos nuevas perspectivas sobre aspectos diversos, algunos poco estudiados o mal conocidos, de la extraordinaria difusión de la producción impresa; y sobre alguno de aquellos hombres y mujeres de letras que alternaron la novela y el cuento con el periodismo, y la relación que mantuvieron con el público lector. El libro llega precedido de un preámbulo en el que su autor establece que «no es una historia del periodismo ni una historia cultural y literaria de la prensa en España durante la segunda mitad del siglo XIX» sino «una propuesta metodológica para releer la prensa» de aquel siglo XIX». Consta de seis capítulos y una conclusión.

En 1864 coincidió la publicación de cuatro libros, *O todo, o nada* de Ángel Fernández de los Ríos, *Escenas montañosas* de José María de Pereda, *La miseria en un tomo: cuadros lastimosos* de Eusebio Blasco y *Cuentos íntimos* de Fernando Martínez Pedrosa, que ilustrarían la contraposición simbólica del libro y de la prensa periódica y la complejidad del sistema de la prensa. Los cuatro responden a tendencias editoriales comparables y sus autores fijaron imágenes de sí mismos y de la escritura pública en un momento marcado por la prensa política y de actualidad. (II. «El año literario de 1864: cuatro autores entre el periódico y el libro», págs. 63-120)

La mayor parte de los escritores de entonces, entre ellos estos cuatro, comenzaron su carrera literaria en la prensa política.

Predominante en ella era aprender lo que se llamaba entonces *la intención*, es decir, la capacidad de cada escritor para apelar con medias palabras a la inteligencia de sus lectores o del público en general.

El gran desarrollo de las revistas literarias entre 1831 y 1850 fue fundamental, tanto para la difusión del cuento y del género de costumbres como para el desarrollo de la prensa. *O todo o nada* de Ángel Fernández de los Ríos es el único libro que tercia en las controversias políticas del momento; los otros tres son preferentemente del género de costumbres. Fernández de los Ríos perteneció al partido progresista y colaboró en *La Iberia*; en *O todo, o nada* recogió varios artículos publicados en aquel periódico: constituía una recapitulación de sus pasadas experiencias, reflexiones sobre el papel social y político de la prensa, y el proyecto de fundar un nuevo periódico. Basándose en estos artículos Díaz Lage observa las divergencias existentes entonces dentro del progresismo, y la importancia que tuvo la comunicación oral en la militancia política de la época: el ejemplo más destacado sería el famoso discurso de Salustiano Olózaga en los Campos Elíseos en 1864 en el que pidió el fin de la monarquía en España, lo que desde entonces sería el lema de los progresistas *puros*. Fernández de los Ríos tuvo gran capacidad para terciar en las polémicas del momento, para eludir las restricciones de la censura y el enfrentamiento con la prensa adicta al gobierno. Tienen especial interés ‘Los obstáculos tradicionales,’ tres artículos que publicó en *La Iberia* en una controversia que mantuvo con *La España* y con *La Época*, en la que afirmaba la presencia de obstáculos tradicionales con los que sus adversarios políticos impedían al partido progresista llegar al gobierno (78).

Entre 1858 y 1864 José María de Pereda había ido publicando en los periódicos santanderinos *La Abeja* y *El tío Cayetano* varios artículos que luego formaron parte del volumen *Escenas montañosas*. Tuvo escaso éxito; en su tierra apenas se enteraron algunos amigos y la prensa de Madrid no dijo nada. Pereda escribía para unos contemporáneos santanderinos que compartían con él paisajes y vivencias; pero cuando alguno de sus cuadros de costumbres apareció en el *Museo Universal* de Madrid, y

tras una reseña de las *Escenas* de su amigo Eduardo Bustillo en *El Museo Universal*, tuvo un nuevo público lector: el burgués de facciones anónimas de la corte, a cuyo juicio aquel hombre siempre temeroso de la crítica, hubo de someter estas *escenas*. Díaz Lage estudia en algunas de ellas la nostalgia de Pereda cuando describe unas costumbres que forman parte de su propia identidad y de su mundo, y que desaparecen arrolladas por el progreso.

Eusebio Blasco fue uno de tantos jóvenes provincianos con vocación literaria que llegó a Madrid en la década de 1860 dispuesto a abrirse paso. Era posible entonces crearse una reputación colaborando en la prensa, especialmente en la de oposición, y el joven Blasco, desde su llegada de Zaragoza, formó parte del partido demócrata, participó en la redacción de *Gil Blas* y emprendió una intensa labor literaria. Para él, la literatura se identificaba con la libertad y con la independencia, y tuvo siempre clara conciencia de los problemas políticos que planteaba la relación del escritor con sus lectores y con el público, al que consideraba como un conglomerado de todos los estados sociales. Y escribiendo desde diversos aspectos del presente, ofrecía en su primer libro, *La miseria en un tomo*, la trabajosa vida que ocultaba Madrid tras su aparente prosperidad, vista desde su perspectiva de forastero.

El último autor estudiado, el moralista neocatólico Fernando Martínez Pedrosa, es apenas conocido; colaboró en diversas publicaciones, escribió algunas obritas teatrales y unos *Cuentos íntimos*. No tenía problemas económicos y fue un propagandista desinteresado que concebía su actividad literaria como un apostolado. Como la alfabetización y la lectura comenzaban a extenderse entre las clases trabajadoras y la pequeña burguesía, ante la amenaza de las «malas lecturas» la Iglesia creó sus propios periódicos y un apostolado de la prensa encaminado a la tutela cultural directa de los grupos sociales subalternos. Después de la «Gloriosa», cuando se debatía en España la libertad de cultos y de conciencia, nació la revista *La Ilustración Popular Económica*, que durante casi dos décadas intentó oponer “a las lecturas escépticas” las religiosas y “a las impuras», las morales.

Tanto las bibliotecas de las clases altas como las de la pequeña burguesía de Madrid contenían obras de religión y de literatura, entre ellas traducciones de las de Chateaubriand y de Lamartine, y más adelante novelas «de costumbres sociales contemporáneas», como las de Eugène Sue. En 1869 escribía el P. Blanco García que «hubo un periodo de exaltaciones y espasmo en que el prestigio de la novela romántica francesa llegó a poseer los caracteres de un mal epidémico, de un cólera morbo literario» (*apud* 160).

La afición a la lectura aumentó notablemente en el siglo XIX entre las mujeres de las clases medias, quienes hicieron valer su presencia pública como autoras. Las de la generación romántica escribieron sobre todo poesía, pero las del medio siglo prefirieron la narración y el ensayo moral. En el capítulo III, «Leer y escribir para el público» (121-193), Díaz Lage se centra en la contribución literaria de aquellas sucesoras de Gertrudis Gómez de Avellaneda y de Carolina Coronado, que fueron las escritoras del llamado «canon isabelino» -Angela Grassi, María del Pilar Sinués y Faustina Sáez de Melgar, entre otras-, quienes, antes y después de la Septembrina, dirigieron periódicos, revistas y empresas editoriales, contribuyeron a crear una identidad de género adecuada a la subjetividad burguesa y tuvieron una participación notable en la esfera pública. En el segundo tercio del XIX se estableció una correspondencia entre las mujeres que escribían y las mujeres que leían desde novelas «de honesto solaz» a folletines. Para Antonio Pirala, «Hoy pueden ser las letras una profesión en la mujer, y profesión que da utilidad y provecho. Abiertas para ella todas las puertas del saber, expeditos todos los caminos, le es dado recorrerlos todos, y lo hace con justo aplauso.» (*apud* 153). Pero buena parte de sus contemporáneos estuvieron en contra de las aspiraciones femeninas, como Manuel de la Revilla o Manuel Ossorio y Bernard, quien imaginaba un futuro en que tengamos los hombres que reducirnos al punto de calceta o de crochet mientras que nuestras esposas hablen en los tribunales, disputen a la cabecera de un enfermo, enreden una testamentaria, monten una guardia...» y concluía que el pensamiento que las animaba era «¡Guerra a los hombres!» (*apud* 136). La imagen de la mujer

emancipada había calado hondo en el imaginario social (137) y se identificaba con la de «les petroleuses» del París de la Commune de 1871. «La mujer varonil», la «marimacho», las «escritoras viriles» despertaban ansiedad y se las veía en competencia con los hombres.

Estas escritoras del canon isabelino tuvieron clara conciencia de su oficio y durante muchos años contribuyeron con sus diversos proyectos editoriales al desarrollo de la cultura escrita e impresa de la época. La mayor parte eran conservadoras, sus revistas y periódicos tuvieron una dimensión moralizante y estuvieron orientados a un público de cierta edad de las clases medias.

En su *Galería de poetisas españolas contemporáneas* (1857), Carolina Coronado escribía que «en la sociedad actual hace ya más falta la mujer que la literata» (*apud* 28), y Saez de Melgar advertía un año después en *La Moda elegante* que la mujer «en el momento de ser madre deja de pertenecerse a sí misma»; y en el «Prospecto» de la revista *La Mujer* (1871) se declaraba «mujer, esposa y madre antes que escritora». En los últimos años del reinado de Isabel II aquellas escritoras promovieron numerosas publicaciones marcadas por la ortodoxia neocatólica, entre ellas, las tituladas «novelas morales y recreativas». Eran de ambientación contemporánea, tenían intención moralizadora, estaban dirigidas a un público lector femenino y en ellas eran parte obligada las críticas a la moda y al lujo. A la prensa femenina correspondía estar al tanto de la moda sin fomentar la coquetería ni los excesos en el consumo, y exhortar al recato y la moderación esperados en las señoras. Pero las jóvenes de la clase alta y de la clase media imitaban a las ricas herederas, y la clase humilde imitaba a su vez a la clase media. El lujo es una fiebre que alcanza al grande y al pequeño, y las jóvenes modistas y costureras son aquí frecuentes personajes literarios cuyo destino las lleva a rozarse con clases más distinguidas, adquiriendo así ciertos instintos elegantes. Pero trabaja mucho, gana poco, y suele caer en la tentación de vender sus encantos, ser una *entretendida*, y acabar en la prostitución callejera y en la miseria. (174)

El capítulo IV, «Folletín, novela por entregas y novela oral», comienza por discutir lo que es el folletín, esa sección de un periódico en la que se publican por entregas textos dedicados a asuntos ajenos a la actualidad como ensayos o novelas. Y lo que es el sistema de las entregas, presente en las publicaciones periódicas de los años 40 del siglo XIX hasta bien entrado el XX. Aunque el adjetivo folletinesco es hoy peyorativo para una obra literaria, no se ha de olvidar que algunas obras de Fernán Caballero, de Alarcón o de Balzac, entre otros, aparecieron por primera vez por entregas en el folletín de los periódicos. El género folletinesco se ha asociado originalmente con aquellas novelas francesas como *El judío errante* de Eugéne Sue, que pronto alcanzaron gran popularidad en España, donde surgieron varios cultivadores de este género, como su émulo Wenceslao Ayguals de Izco, Manuel Fernández y González, Ramón Ortega y Frías, Enrique Pérez Escrich y Julio Nombela. La publicación de estas obras por entregas llegó a constituir una industria editorial.

Entre estos autores, Díaz Lage estudia aquí a Manuel Fernández y González, quizás el autor más pintoresco, más representativo del género y uno de estos personajes cuya vida fue más fascinante aún que su obra. El autor de *El cocinero de Su Majestad* llegó a dictar cuatro novelas a cuatro escribientes a la vez para diferentes editores, él mismo fue «una especie de novela viviente» y sus conversaciones eran novelas habladas, en las que confundía e identificaba sus propios hechos con los lances de sus novelas. Parece que las dictaba actuándolas, que las representaba al componerlas, seguro de que muchos de sus lectores las oírían leer. El novelista dictaba así el texto a un interlocutor que era, a la vez, su colaborador en la escritura y su primer público. En sus obras abundan las recapitulaciones, los comentarios y las apelaciones a la memoria de los lectores, a quienes toma por confidentes y con quienes comparte sus ideas. Como es propio de los folletines y de las novelas por entregas, se afirma en éstas su carácter verídico y fidedigno, y abundan los detalles que explican la relación del relato con la historia. La extensión entre dos modos narrativos: contar como referir y contar como inventar, atraviesa toda la obra de Fernández y González (237).

Sus novelas eran accidentadas y vertiginosas, hijas de su fecundísimo ingenio, y los estudiosos han calculado que llegó a publicar 175 títulos de obras narrativas; gozó de una inmensa popularidad, y un numeroso público entusiasta esperaba cada entrega con avidez. Como escribía Manuel de la Revilla, sus novelas «carecían de detenido estudio y acabada pintura de los caracteres, de las épocas y de los lugares, aquella intención moral, aquella distinción y buen gusto que reclama la novela contemporánea» (*apud* 234). Para *Clarín* estas novelas, y las de sus émulos pertenecían al género de las coplas de ciego, pero otros críticos, como Ortega Munilla, revalorizaron la dignidad profesional de sus autores, y según Rafael Altamira, «no tuvo círculo especial de lectores, sino que fue leído por todo el mundo, con una suerte de popularidad como la de Dumas y la de Sue.» (*apud* 202)

En las discusiones sobre las analogías y diferencias entre la revista y la crónica, se puede considerar que la Revista «revé» o vuelve a ver la noticia ya dada por el diario, completándola con nuevos elementos que la dan más interés. Aunque de enfoque teóricamente neutro, a mediados de siglo las revistas eran más polémicas que de noticias. Tenían carácter informativo y a su cargo la reseña teatral y la musical. La crónica, en cambio, comentaba asuntos más específicos, técnicos, científicos o políticos, y los acontecimientos culminantes de la quincena que acababa de terminar. En el capítulo V, «La amena conversación escrita» (259-326), Díaz Lage examina las diferentes definiciones e interpretaciones de ambos términos, y cita a Gómez de Baquero, para quien la crónica «es el arte de la conversación aplicado a la comunicación con mil lectores por mediación de una hoja impresa: su ideal es el del parlanchín, una conversación en que hable él solo» (*apud* 286). También advierte que muchos autores usaron indistintamente tanto el término *revista* como el de *crónica*. El autor se centra aquí en la labor periodística de José Fernández Bremón, quien tuvo una larga carrera como colaborador en diversas publicaciones y dirigió *La Época* y *La ilustración Española y Americana*.

Leopoldo Alas, *Clarín*, el admirado autor de *La Regenta*, dedicó la mayor parte de su carrera literaria a la prensa periódica, que fue su medio de expresión preferido, y su presencia llegó a ser regular en un considerable número de cabeceras de prensa. El capítulo VI, «Crisis y crítica de la escritura periódica», estudia esta relación de Alas con los medios en los que participa, así como su propia experiencia de escribir regularmente para el público. Al igual que otros provincianos de su tiempo fue consciente desde muy joven de que el campo cultural tendía a reproducir la lógica centralista del Estado y el de la prensa política, que devolvía a sus lectores un eco amplificado y modulado que acababa por imponerse, de modo que la repetición y la resonancia se confundían con la voz de la opinión.

Clarín podía pasar dentro de un mismo artículo a los temas de asunto más diverso y esta versatilidad aprendida en los años de colaboración en *El Solfeo* marcó para siempre la escritura de aquel «verdadero acróbata de la pluma», capaz de escribir en la misma semana, quizá en el mismo día, cosas de carácter muy diverso en distintos periódicos y revistas dirigidas a públicos de carácter heterogéneo. Y desde los tiempos de *El Solfeo* usaba un lenguaje oblicuo, herencia de la prosa burlesca de la prensa satírica, que le permitía criticar el timbre engolado y pomposo de los políticos de la Restauración.

No concebía el pueblo en términos de clase ni de relaciones sociales sino como el polo opuesto al Estado, y a la prensa como mediadora que desempeñaba un crucial papel político. Por medio de su presencia regular en la esfera pública esperaba contribuir a la educación del gusto popular y lamentaba la ausencia de firmas de prestigio en una prensa cada vez más centrada en la información y en la actualidad política. Pero, como escribió en *El Imparcial* en 1891, «El pueblo en masa ahora comienza a deletrear y tiene por silabario los periódicos que llegan donde hasta ahora solo habían llegado la contribución y el Padre Astete». (*apud* 363)

Clarín quiso siempre establecer una comunicación con el público; y además del público en general, el *público grande*, buscaba un lector cómplice e inteligente. Con él fingía a menudo dialogar



para enfrentarse con otros escritores o con personajes públicos y apoyándose en él, pasar a la controversia o a la burla. Imaginaba el encuentro con su público mediante el texto integrado en un periódico, como conversación con un lector singular. Escribió en periódicos tan diversos como el satírico *El Solfeo* o la sesuda *Revista de España* y, para él, «la parroquia» era cada grupo de lectores congregados en torno a cada uno de los periódicos en los que colaboraba con regularidad. Pasada la década de los 1880 mantuvo una relación con sus lectores diversa a la de los años tempranos de *El Solfeo*; con el tiempo fue espaciando sus colaboraciones, y en el otoño del 87 daba cada diez o quince días un artículo a *Madrid Cómico*, del que fue colaborador frecuente, y otro a *La Ilustración Ibérica*.

El análisis de alguna de las obras que publicó en periódicos desde sus años de aprendizaje hasta el final de su vida ha permitido reconocer varias preocupaciones de hondo calado estético, como la relación entre el tiempo y el espacio de la escritura, la dispersión de los textos en soportes periódicos distintos y sin proyección hacia unos públicos anónimos pero constantemente imaginados.

El presente libro se ha propuesto, entre otras cosas, diseñar una problemática del proceso histórico de una cultura de la periodicidad, analizar cómo se escribían los textos en los tiempos de su producción y su lectura y estudiar las prácticas culturales surgidas con la expansión de los impresos periódicos. Temas todos ellos estrechamente relacionados que Díaz Lage analiza con una profundidad que revela su amplio conocimiento de la prensa del periodo. Alterna en él la visión panorámica con estudios sobre autores específicos, tanto consagrados por la fama como formando parte del borroso mundo de los «raros y olvidados». Destaco el interés del capítulo III dedicado a las escritoras del «canon isabelino», el IV, sobre la novela por entregas y Manuel Fernández y González, y el VI referente a Clarín.

A mi juicio, *Escritores y lectores de un día todos* es un sólido estudio de la producción impresa de la época y constituye una valiosa aportación al campo de los estudios sobre la prensa en España en el siglo XIX. Pienso que Díaz Lage, quien tiene tantas cosas que decir, podría atraer a más lectores si escribiera con más

claridad, con un estilo menos ampuloso en el que la profusión de referencias y de citas y la de frases muy extensas no facilitan la lectura.

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA  
THE OHIO STATE UNIVERSITY